

M I S C E L A N E A

1.—Su Santidad el Papa aboga por el estudio del Latín

Ante la muchedumbre que acudió a la audiencia general del día 23 de mayo, Su Santidad Pío XII abogó porque se continúe el estudio del latín, gravemente amenazado en Italia por un proyecto que tiene en estudio el Ministerio de Educación, con arreglo al cual dicho estudio —hasta ahora obligatorio— sería potestativo en la Enseñanza Media. El latín, dijo Pío XII, dirigiéndose especialmente a los Profesores y Alumnos del Liceo-Gimnasio «Virgilio» de Roma, es una lengua antigua, pero no una lengua muerta. Señaló que abre el camino a la comprensión de los documentos antiguos en que está basada la historia patria, y que es la lengua de la Iglesia, la lengua de la oración litúrgica. El estudio de las ciencias y de las lenguas modernas no debe descuidarse, pero ni siquiera aquél debe ir en detrimento de la cultura clásica, basada en el Latín.

2.—Primer Congreso Español de Estudios Clásicos

Se celebró en Madrid, como estaba anunciado, del 15 al 19 de abril en los salones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Los Congresistas sumaban unos trescientos, los cuales demostraron, con la asiduidad de su asistencia a las sesiones, el interés que ofrecieron las diversas ponencias y comunicaciones. No podemos entrar en detalles sobre éstas, porque para ello deberíamos disponer del texto de las mismas, por lo menos en extracto redacta-

do por el mismo Ponente o Comunicante; por otra parte, el Comité de Organización tiene entre manos la publicación de las Actas del Congreso, que esperamos vea la luz cuanto antes. El programa del Congreso, en sus líneas generales, se dió ya a conocer en el número anterior de HELMANTICA (149-150).

Se hallaron representados la casi totalidad de Centros Culturales Españoles, directa o indirectamente relacionados con los estudios clásicos. La Real Academia de la Historia se hallaba representada por D. Antonio García Bellido; la Universidad de Barcelona, por D. Mariano Bassols de Climent, que por enfermedad de última hora no pudo asistir, pero que envió su comunicación; la Universidad de Granada, por D. Sebastián Mariné Bigorra; la Universidad de Madrid, por D. Manuel Fernández-Galiano; la Universidad de Oviedo, por D. Emiliano Díaz Echarri; la Universidad de Salamanca, por D. Antonio Tovar Llorente; la Universidad de Santiago, por D. Abelardo Moralejo Laso; la Universidad de Sevilla, por D. Miguel Dolç y Dolç; la Universidad de Valencia, por D. Manuel C. Díaz y Díaz; la Universidad de Valladolid, por D. Emilio Alarcos García; la Universidad de Zaragoza, por D. Antonio Beltrán; la Universidad Pontificia de Comillas, por el P. Domingo Mayor, S. I.; la Universidad Pontificia de Salamanca, por el P. José Jiménez, C. M. F. y D. José Guillén; el Centro de Estudios Clásicos de Loyola, por el P. Antonio Arana, S. I.; Palaestra Latina, por el P. Jaime Sidera Planas, C. M. F.; la Societat Catalana d'estudis històrics, por D. Miguel Dolç; la Sociedad Española de Filosofía, por D. Constantino Láscaris; el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por su Presidente, que formó parte del Comité de Honor y presidió la sesión inaugural; el Instituto «Antonio de Nebrija» y el Instituto «Rodrigo Caro» del C. S. I. C., y el Museo Arqueológico Nacional, por sus Directores, que asimismo formaban parte del Comité de Honor.

Entre los Centros Culturales Extranjeros se hallaban representados los siguientes: Fédération Internationale des Associations d'Etudes Classiques, por Mlle. Juliette Ernst; Association Guillaume Budé, por M. Jean Malye; Classical Association, por Walter Starkie; Association Suisse pour l'Etude de l'Antiquité, por Mario Puelma; la Universidad de Londres, por el Prof. J. F. Lockwood; la Universidad de Poitiers, por el Prof. H. Bardon.

Como invitados extranjeros acudieron el Prof. Alphonse Dain (Ecole Pratique des Hautes Etudes, Paris), Prof. Michel Lejeune (Universidad de París), Prof. Robert Etienne (Universidad de Burdeos), Prof. Enrica Malcovati (Universidad de Pavía), Prof. James H. Oliver (Universidad de Baltimore), Prof. L. R. Palmer (Universidad de Oxford) y Prof. Américo da Costa Ramalho (Universidad de Coímbra). A causa de compromisos anteriormente contraídos, no pudieron aceptar la invitación otros distinguidos profesores extranjeros.

La representación de la tragedia de Sófocles EDIPO REY, en los jardines de la Facultad de Filosofía y Letras, fué un acierto total. La traducción de D. Francisco R. Adrados, deliberadamente muy literal, conserva la fuerza y el ritmo poético del original, que es fácil ir reproduciendo con un ligero esfuerzo de la memoria.

Las sesiones en las que se debatieron las ponencias y comunicaciones fueron verdaderamente densas, incluso quizá en exceso. Contribuyeron, con todo, a aligerarlas un tanto los obsequios de que fueron objeto los congresistas por parte de la misma Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, Ayuntamiento y Diputación de Madrid y la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, así como las visitas colectivas a la Sección de Escultura Antigua del Museo del Prado, explicada con competencia y cariño por D. Antonio Blanco Freijeiro, y al Museo Arqueológico Nacional, donde fueron atendidos y guiados por competentes especialistas.

Por su importancia general, por su valor informativo y porque, en cierto modo, resumen el sentir y las aspiraciones de todos los congresistas, publicamos a continuación los discursos leídos en la sesión de clausura por D. Francisco Rodríguez Adrados y D. Antonio Tovar, Secretario y Presidente respectivamente del Congreso.

DISCURSO DE D. FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS

Problemas del Griego y el Latín en España. Algunos intentos de solución.

Al convocar este Primer Congreso Español de Estudios Clásicos, hemos querido que sirviera para hacer una especie de balance de la labor realizada y para ofrecer un panorama de conjunto del nivel actual de estos estudios en España. Pero, de otra parte, querríamos también buscar en él una oportunidad para pasar revista una vez más a los problemas que estos estudios tienen planteados en varios aspectos, ante todo, en el de la enseñanza del Griego y el Latín. Si de este examen surgieran unas conclusiones de tipo general y otras referentes a medidas concretas que se podrían adoptar con vistas a solucionar o paliar algunos de los problemas planteados, sería ésta una buena oportunidad para elevarlas a las autoridades del Ministerio de Educación Nacional.

No hay duda de que este balance que ahora pretendemos hacer, presenta aspectos optimistas. En lo referente a la producción científica, tanto en el campo del Latín y el Griego como en el de los estudios de antigüedad clásica en general, es suficiente testimonio de lo logrado desde 1939 la «Bibliografía de los Estudios Clásicos en España, 1939-55», que la Sociedad Española de Estudios Clásicos ha publicado con motivo de este Congreso. El trabajo científico de que da testimonio no admite comparación con lo que hasta entonces se había hecho en España. Por si fuera poco, el panorama de este mismo Congreso, a pesar del poco tiempo con que ha sido anunciado, nos demuestra que el nivel alcanzado por nuestros estudios en España ha llegado a ser perfectamente comparable con el de otras disciplinas culturales. Ya es bastante éxito que se haya logrado esto no sólo sin el apoyo de una tradición de escuela, sino, muchas veces, en lucha con el escepticismo o el prejuicio.

No hay duda de que, limitándonos ahora al campo estricto del Griego y el Latín, ha habido y hay una voluntad de renovación tanto en el campo científico como en el de la enseñanza. Piénsese en las Revistas: en «Emerita», continuada en 1939 por D. Antonio Tovar y D. Alvaro d'Ors, impidiendo que se perdiera la semilla que en 1933 sembró D. Ramón Menéndez Pida'; en «Estudios Clási-

cos», «Helmántica» y «Humanidades», nacidas después de nuestra guerra. O bien en la elevación de nivel científico de las tesis doctorales y en la creación de colecciones de autores clásicos como la del Instituto de Estudios Políticos y la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, apoyada por el Ministerio de Educación Nacional. Piénsese también en el afán de renovación pedagógica que late en las reuniones celebradas en la Universidad «Menéndez y Pelayo» de Santander y en tantos trabajos que han visto la luz recientemente. Otro síntoma es la creación de la Sociedad Española de Estudios Clásicos que trata de coordinar tanto esfuerzo disperso. Otro aún, la creación de centros para el perfeccionamiento clásico de sacerdotes y religiosos, como la Sección de Humanidades de la Universidad Pontificia de Salamanca o el Perficit. Y no estará de más aludir aquí a dos disposiciones ministeriales en que ha cristalizado el esfuerzo por la mejora de las Secciones de Filología Clásica de nuestras Universidades y de las oposiciones a cátedras de Latín de Institutos. Me refiero, de un lado, al nuevo plan de estudios de las Facultades de Filosofía y Letras, que hará, si llega a aplicarse con efectividad, que se elimine el tipo aún tan corriente del «traductor» del alumno que cree que el traducir unos pocos autores es toda la ciencia a que se debe aspirar; de otro lado, me refiero a la derogación del régimen específico que existía para las oposiciones a cátedras de Latín de Instituto, régimen especial que daba todas las ventajas a una preparación de ese tipo. La legislación actual abre, pues, aunque los efectos no hayan de verse rápidamente, nuevas posibilidades para el futuro de nuestros estudios.

Todas estas iniciativas tienen orígenes muy diversos y a ellas hay que sumar la del plan de 1938 y otras referentes a otros campos de los estudios de antigüedad clásica. Ello hace que toda floración de nuestros estudios en España tenga el aspecto de un crecimiento natural, lo que es garantía de continuidad.

Pero todo esto no debe ser obstáculo en este momento para llamar la atención sobre algunos factores que influyen desfavorablemente en este desarrollo y lo ponen en peligro. Hablaré primero de ellos en términos generales para pasar a hablar luego de la enseñanza de las lenguas clásicas, que es donde se riñe la batalla principal.

En otro lugar me he expresado con cierta detención sobre la

falta de tradición clásica en España, es más, sobre la persistencia de cierta tradición rutinaria, últimos restos degenerados del cultivo del Latín y el Griego en nuestro Siglo de Oro, y de la falta de prestigio social, por así decirlo, que rodea en España a nuestros estudios. En el mismo artículo de «Estudios Clásicos» a que aludo —que es originariamente una ponencia de la reunión pedagógica de Santander de 1955— he estudiado cómo esta falta de tradición clásica y el desprestigio que de ella dimana resta eficacia a nuestra labor de enseñanza de las lenguas clásicas. No voy a detenerme aquí en ello otra vez y sí sólo a recordar cómo, incluso para muchos hombres de letras, los estudios clásicos apenas cuentan en el panorama cultural e, incluso, los consideran como un lastre que cierra el camino a otros temas de estudio más interesantes y más «actuales». El gran desarrollo que los estudios clásicos han tenido últimamente en España —grande sólo relativamente, claro está— es realmente poco conocido en nuestro país; precisamente a subrayar la realidad de ese desarrollo está destinada nuestra Bibliografía. Que los estudios clásicos puedan ser hoy día un campo de estudio lleno de interés general humano y, por tanto, actual, es algo que todavía hoy cuesta trabajo admitir a mucha gente.

Y si esta actitud surge muchas veces, según decimos, allí donde menos podría esperársela, ¿qué hemos de decir del ambiente general? La avasalladora corriente que, como en la época del más cerrado progresismo y positivismo decimonónicos, tiende a no ver más objetivos de la actividad humana que los ciertamente importantes del aumento de la productividad o del nivel de vida, esa corriente que en el fondo reduce a un bienestar material en este mundo toda la vida del hombre, ¿qué respeto puede sentir por un estudio desinteresado, aunque sea humanamente uno de los más aleccionadores de todos? En un momento en que algunos justifican el aumento de los gastos del Estado en materia de Enseñanza en el hecho de que son remunerativos económicamente, ¿qué apoyo puede esperar encontrar la enseñanza del Griego y el Latín? Aquélla vieja aversión española a la ciencia pura a la que Menéndez y Pelayo achacaba tan graves males, parece resurgir en el ambiente popular con más fuerza que nunca. Las materias de estudio que encuentran la defensa de que de ellas dependen directa o indirectamente ciencias aplicadas o aquellas otras que, por aplicarse al estudio de

España, tienen el apoyo del sentimiento nacional o, finalmente, las que, por el contrario, viven de que favorecen la relación con otras naciones, se sostienen mejor. Precisamente por esto, porque constituyen un estudio humano desinteresado, los Estudios Clásicos son uno de los pocos factores que pueden ir sacando a España de ese provincianismo cultural en que en buena medida se encuentra sumida. Constituyen un soplo de universalismo y humanismo entre tanto nacionalismo anticuado, tanto internacionalismo superficial y tanto practicismo de corto vuelo.

Pero volvamos al terreno más concreto de la enseñanza media, donde todo este estado de espíritu se traduce en un abandono cada vez mayor, en los hechos e incluso en la teoría, del viejo principio de considerar la formación del hombre, y, dentro de ella, la formación del espíritu, como su fin fundamental. A los estudios clásicos les corresponde, como es natural después de lo dicho, la situación más difícil de todas. Esto se traduce en una posición desfavorable en los planes de estudio, en desgana por parte de los alumnos, en desánimo por la del profesor, etc. Podemos decir, resumiendo, que los estudios grecolatinos, a pesar de su efectivo florecimiento, al menos relativo, en el campo científico, atraviesan una grave crisis en su valoración social y cultural y en el terreno de la enseñanza. No se improvisa una tradición pedagógica ni una valoración social y menos en un ambiente indiferente u hostil. Esta es la realidad, hecho que no hace desmerecer, sino que da realce a la labor de todos los que han luchado en pro de la creación de esa tradición y esa valoración.

Creo que toda esta situación, cuya traducción en la práctica de la enseñanza es tan bien conocida de los que me escuchan, justifica la necesidad de una atención muy especial por parte de las autoridades educativas a los problemas de la enseñanza del Griego y el Latín; y, también, de una atención y celo constante por parte del profesorado en busca del perfeccionamiento de los métodos educativos. No es mi tema justificar aquí el mantenimiento de estos estudios en nuestros planes de enseñanza, aunque algunas cosas he dicho en este sentido desde un punto de vista general; otros argumentos más se encuentran en algunas de las ponencias y comunicaciones que han podido Vds. escuchar. En lo que no cabe discusión es en que, si estos estudios han de mantenerse —y lo contra-

rio significaría que la cultura española se resignaría a rebajarse por debajo del nivel europeo— ha de hacerse algo por mejorar su situación actual: una situación difícilmente sostenible que podría un día justificar el que se quisiera colocarla en una aún peor o, sencillamente, suprimir la enseñanza del Griego y el Latín.

Son dos los aspectos que merecen, llegados a este punto, atención preferente: la cuestión del profesorado y la cuestión de los métodos y de los planes de enseñanza. En realidad, todos estos aspectos del problema son solidarios unos con otros.

Es evidente que el lograr una sólida preparación en el amplio campo de los estudios clásicos o, simplemente, en el de la Filología Griega o Latina, es cosa ardua. Es de esperar que el nuevo plan de estudios en las secciones de Filología Clásica contribuya a este perfeccionamiento de la formación de los estudiantes: aunque no estaría demás, quizá, que se hiciera hincapié en la distinción entre clases de Filología Griega y Latina y las de Explicación de Textos. Habría, creemos, que completar los cuadros horarios en el sentido de hacer constar la parte de la Filología Griega y Latina que se explica cada año. Esto, además de ser una garantía de que al cabo de tres años se explicaba todo lo esencial, tendría ventajas de orden práctico (orientación de los alumnos libres, traslados de matrícula, etc.).

Efectivamente, la idea de que para explicar el Latín o el Griego elemental basta con saber lo más elemental de estas lenguas, no puede ser más errónea. Hay ciertas materias que se prestan a una determinada dosis de improvisación, pero éstas no. De igual modo que hoy se tiende a dar una formación clásica especial, mediante los cursos de la Facultad de Humanidades Clásicas a los profesores de Griego y Latín de los Seminarios, creemos que se impone que se vaya aplicando gradualmente y en la medida de lo posible, la política de que los licenciados en Filología Clásica sean preferidos, incluso por precepto legal, en la enseñanza del Griego y el Latín. Si en España queremos formar una tradición de la enseñanza de estas lenguas, es necesario reducir cada vez más el número de personas sin preparación que se dedican a esta enseñanza. Además, esto tendría la ventaja de atraer más alumnos bien dotados a las Secciones de Filología Clásica, pues hoy día el número de licenciados bien preparados que salen de sus aulas es deficitario respecto a lo que exigen las necesidades reales de la enseñanza, ya que no las

posibilidades prácticas de colocación. Hace falta que esas necesidades reales se reflejen en disposiciones que abran paso a esos licenciados, cuya ausencia, suplida muchas veces de cualquier manera, es una causa importante de los males a que he aludido. Claro está que las medidas propuestas son sólo un paliativo de un problema más amplio, que afecta a las Facultades de Letras y Ciencias en su conjunto y que debería ser abordado alguna vez con ánimo decidido. Pero no se trata solamente de formar más y mejores licenciados y de abrirles paso en los centros de enseñanza, sino que hoy día se impone cada vez con mayor evidencia la necesidad de una orientación pedagógica clara para todos los que nos dedicamos a la enseñanza media. Lejos de mi ánimo el error de quienes creen que todo lo puede la pedagogía y en el fondo desprecian la formación científica. Todo lo que sea disminuirla con pretexto pedagógico es puro retroceso. Pero no es menos cierto que no podemos continuar con el sistema de que se comience a explicar Latín o Griego en la enseñanza media, sin una orientación clara sobre lo que el profesor puede proponerse conseguir y a qué métodos debe apelar para ello. No voy yo a entrar aquí en detalles sobre este punto, del que se han ocupado otros colegas, en este mismo Congreso, en ponencias y comunicaciones. Yo mismo me he expresado sobre él en varias publicaciones y tengo la satisfacción de manifestar que, en lo fundamental, hay una gran coincidencia entre los que nos hemos ocupado públicamente de estas cuestiones. Ello no obsta para que subsista, no manifestada posiblemente en texto escrito alguno, pero no menos efectiva en la práctica, la vieja escuela que reduce la enseñanza de las lenguas clásicas a una gramática rutinaria y memorística y a la traducción escueta de unos pocos textos, siempre los mismos. Es imprescindible aportar un poco de interés a esta vieja escolástica mediante los viejos métodos de iniciación en la traducción, la insistencia en el vocabulario y el abandono de la sintaxis normativa aprendida apriorísticamente, el enfoque literario e histórico-cultural en el estudio de los textos, su variedad, etc.

El Centro de Orientación Didáctica, recientemente fundado, puede subvenir perfectamente a esta necesidad. Al menos por lo que respecta a las lenguas clásicas, no creemos que su campo de acción deba limitarse a los nuevos catedráticos o profesores ni, tampoco, a lo meramente pedagógico. Creemos que el terrible can-

sancio y desgaste que produce la enseñanza podría ser compensado mediante cursillos dados a turnos de profesores en forma periódica. Ello serviría para que renovaran su contacto con las tendencias pedagógicas actuales y con el campo de los estudios clásicos en general, en el que siempre hay novedades e, incluso, el enfoque de las mismas cuestiones varía periódicamente. Estos cursillos sobre temas diversos de la antigüedad clásica y sobre problemas de enseñanza podrían darse bien en época de curso, bien dentro de alguna Universidad de Verano. Hay precedentes de algo semejante en la Universidad Pontificia de Salamanca y en la Universidad de Santander. Si se lograra que este plan funcionara regularmente y con eficacia, sería un factor importante para mantener vivo en todo momento el estímulo y la vocación pedagógica y científica del profesorado de Enseñanza Media. Consideramos conveniente que estas actividades del Centro de Orientación Didáctica tuvieran una conexión con la Sociedad Española de Estudios Clásicos, que actuaría como organismo asesor.

Con esto pasamos a hablar del tema difícil de los planes de estudios. La euforia humanística de la época del '36 al '39, sustituida ahora por la euforia «productivista» a que nos hemos referido, dió nacimiento a un plan de enseñanza media que daba amplio lugar al Griego y al Latín. Si es cierto que aquel plan era en varios aspectos poco viable y que en el que aquí nos interesa se llevó a la práctica sólo a medias, no lo es menos que a él en buena parte se deben los progresos de nuestros estudios a que aludíamos al comienzo.

La situación en que han quedado el Latín y el Griego en el plan de 1953, que ha sustituido a aquél, es mucho más desfavorable y hay, incluso, el peligro de que esta nueva situación halle reflejo a la larga en la Universidad y en el trabajo científico, al disminuir las posibilidades de colocación de los nuevos licenciados.

La división en dos ramas, Ciencias y Letras, de los cursos 5.º y 6.º del Bachillerato, se ha traducido en una disminución grandísima de los alumnos que cursan Griego y los últimos años de Latín. El análisis de las causas que han motivado este hecho no es difícil. De un lado tenemos que contar con la poca tradición de los estudios clásicos en España y el prejuicio de su inutilidad práctica, en lo que influye decisivamente el tipo de mentalidad a que antes nos

referíamos; de otro lado, la proporción más elevada de alumnas de Letras en los centros femeninos de 2.^a Enseñanza, indica, sin lugar a dudas, que también influye el hecho de que para el ingreso en la mayor parte de las carreras se exige el examen de ingreso (Examen de Madurez) de Ciencias. El influjo del examen referido se demuestra porque hay alumnos que han hecho el Bachillerato de Ciencias y pasan al curso Preuniversitario de Letras o viceversa, provocando un verdadero problema en las clases. Todavía perjudica a la Sección de Letras el hecho de que en alguno de los cursos (concretamente en el 5.^o) su horario está más recargado que el de Ciencias —hay una asignatura más e incluso es superior el coste de la matrícula—. De otra parte, ocurre que los alumnos desconocen totalmente el griego cuando tienen que decidir si eligen Letras o Ciencias. Pasando, finalmente, al rendimiento de los alumnos de Letras, ocurre que, contra lo que hubiera podido esperarse, no puede ser muy superior al del plan anterior de 1938. La pérdida de un gran número de alumnos no ha sido compensada con una intensidad mayor en el estudio del Griego y del Latín por los restantes; fundamentalmente, porque el número de asignaturas continúa siendo sensiblemente el mismo que en el plan anterior. El curso quinto, sobre todo, está recargadísimo. El Latín y el Griego son simplemente una serie de añadidos a una serie de asignaturas comunes a ambas secciones; no, en modo alguno, el centro de la formación del alumno. Incluso sucede que no se exigen más que alternativamente en el examen de madurez; combinado ésto con la posibilidad del paso de Ciencias a Letras después del grado Superior, resulta que en la práctica se puede hacer el examen de Madurez de Letras sin apenas saber Griego.

Como habrá podido observarse, hay aquí una mezcla de problemas muy complejos y de otros que admiten solución más fácilmente. Lo más grave es la falta de prestigio que, en términos generales, tienen hoy en España las lenguas clásicas, así como los prejuicios falsamente utilitarios. Si no fuera por ellos, creo que sería caso de preconizar abiertamente la libertad absoluta de elegir entre los dos tipos de Bachillerato y sus respectivos exámenes de madurez para ingresar en cualquier Facultad o Escuela Especial. Esta petición se deduciría lógicamente del principio de que la finalidad del Bachillerato es, antes que nada, la formativa, y de que

para orientar en una dirección especial debe bastarse la enseñanza universitaria. Pero para que esta propuesta tuviera de momento viabilidad, habría que orientar la división en Secciones en forma distinta a la actual; posiblemente orientándola en función de tipos de formación universalmente válidos, dirigidos a tipos diversos de inteligencia. Por ejemplo, podría haber una sección a base de Lenguas Clásicas, Matemáticas y Filosofía y otra de Ciencias Físicas y Naturales y Geografía e Historia. En todo caso, el criterio actual de oponer Latín y Matemáticas como las materias más difíciles, es un planteamiento, desde el punto de vista pedagógico, completamente superficial.

Mientras no se llegue a una solución semejante, que independice los diversos tipos de Bachillerato de las diversas especialidades de la enseñanza superior y de los prejuicios de las familias, habremos de contentarnos con una rama de Letras dirigida a los alumnos que vayan a cursar determinados estudios. Pero entonces la aspiración mínima que debemos tener es que esos alumnos reciban una enseñanza de las lenguas clásicas verdaderamente efectiva. Aquí vienen los problemas concretos que planteábamos más arriba y que creemos que tienen indudablemente solución. De no tenerla o no aplicársela, se repetiría de nuevo lo que ocurrió con el plan de 1938, y la enseñanza de las lenguas clásicas correría gravísimo peligro de naufragar totalmente.

Ante todo, es imprescindible descargar el horario y reducir el número de asignaturas de los alumnos de la Sección de Letras. Como mínimo deberán quedar en iguales condiciones que los de Ciencias. Pero en una y otra vemos debería haber mayores reducciones.

La enseñanza del Griego y el Latín en el Preuniversitario debe concebirse como una continuidad de la de 5.º y 6.º año del Bachillerato. Los numerosos alumnos que entran en Preuniversitario procedentes de la Sección de Ciencias con su latín medio olvidado y sin saber nada de griego, no pueden seguir bien este curso y, además, ocasionan una perturbación grave. Si no se quiere quitar la posibilidad de una rectificación después del 6.º año, lo menos que se debe exigir es un examen de admisión en Griego y Latín a comienzos de Preuniversitario. Si el alumno no se hubiera preparado en el verano en forma tal que le sea posible seguir el curso Preuniversitario de Letras, debería negársele su admisión en el mismo,

Todavía más urgente que todo esto es la exigencia tanto del Griego como del Latín en el Examen de Madurez de Letras, como está en la Ley. La orden que se publicó el curso pasado permitiendo examinarse de una de ambas lenguas, a elegir, no soluciona el problema. Si no se exige como obligatorio el examen de Griego, este mismo año, como se espera generalmente, sobrevendrá la desmoralización y el Griego desaparecerá prácticamente del Preuniversitario, con lo que quedará reducido a dos años, plazo en el que, cualquiera que tenga un poco de experiencia confirmará que es poco lo que se puede hacer con alumnos de esa edad. El exigir un examen de Griego a alumnos que llevan dos años estudiándolo y no a los que llevan tres, como ahora ocurre, no es lógico. Esta medida debería tomarse este mismo junio para que fuera eficaz, pues la orden referida hacía esperar tal cosa y un aplazamiento más en la aplicación de esa medida causará graves daños.

Todavía sería una medida favorable que el aprendizaje del Griego comenzase en cuarto año del Bachillerato, antes de la división en dos ramas. Ello reportaría tres ventajas: los alumnos podrían elegir entre Ciencias y Letras con un poco más de fundamento; los alumnos de Ciencias tendrían algunas nociones elementales de Griego, nociones que les serían útiles para la comprensión de la terminología científica; y los de Letras, al llegar al Examen de Grado Superior, habrían estudiado tres años de Griego, que es el mínimo necesario para que se les pueda exigir un poco de soltura en la traducción y un cierto conocimiento del mundo helénico.

Finalmente, de igual modo que ocurre con Ciencias Políticas y Económicas, el ingreso en Medicina debería ser posible tanto con el examen de Madurez de Letras como con el de Ciencias. Realmente, la gran tradición humanística de la Medicina, junto con el interés del conocimiento de las Lenguas Clásicas para la comprensión de la terminología médica, justifican, creemos, esta petición. De otra parte, en esta carrera existe un curso preparatorio que pueda suplir la laguna que representa el no haber cursado las Matemáticas ni la Física.

Estas son las medidas, no drásticas ni fundamentales, que creemos ayudarían a una mejora de la crítica situación en que actualmente se encuentra la enseñanza de las lenguas clásicas en el Bachillerato. Conviene insistir en que no son esas pequeñas reformas

de plan las decisivas, aunque sí las más urgentes, sino más bien, las que preconizábamos en relación con la formación y selección del profesorado y con la necesidad de que se difundan cada vez más los nuevos métodos de enseñanza.

Claro está que, a su vez, todo lo relativo a la formación del profesorado depende muy directamente de lo que haya de ser la enseñanza del Latín y el Griego en nuestras Universidades. No querría insistir aquí en puntos de vista generales. Sí, en cambio, en la necesidad, ya señalada de que se haga efectiva la enseñanza de la Filología Griega y Latina, señalando taxativamente en qué curso se han de explicar las diferentes disciplinas. También he de decir que de cómo funcionen el Griego y el Latín en el Bachillerato y el Preuniversitario, y de cómo se realice el Examen de Madurez, depende el que se pueda elevar el nivel de los cursos comunes, y hacer así que los superiores sean de verdadera especialización en Filología Clásica. Finalmente, una medida verdaderamente decisiva sería la obligatoriedad del Griego en los cursos comunes. Actualmente es contradictorio que el Griego sea obligatorio en la Sección de Letras del Bachillerato y no lo sea en la Facultad de Letras. No se trata solamente de una reducción numérica de los alumnos, sino de un descenso automático del nivel de la enseñanza. De esto tenemos experiencia bastante dolorosa.

Y, para acabar, aunque el tema de esta ponencia se refiere a la enseñanza, voy a tocar un punto concreto, solamente uno, relativo a la investigación científica. El Instituto «Antonio de Nebrija» ha desempeñado con su excelente Biblioteca y sus publicaciones, un papel realmente central en la investigación española. Creemos que merece una atención llena de simpatía por parte del C. S. I. C., ya que la labor que deje de hacer no puede ser realizada por otros organismos o personas. Estimamos que al cabo de 16 años de la fundación del Consejo, sería útil una completa reorganización interna y un aumento de sus medios económicos que le dieran una vitalidad mayor que la actual, decreciente cada año. No se trata sólo de regularizar las publicaciones y de mantener al día la Biblioteca, cosas hoy difíciles, sino que sería preciso que se desarrollaran iniciativas científicas de carácter colectivo. Una serie de ellas, que se han producido en los últimos años —Revista «Estudios Clásicos», Sociedad Española de Estudios Clásicos, Colección Hispánica de Au-

tores Griegos y Latinos, Enciclopedia Clásica, etc.— han surgido sin conexión con él, incluso en otros organismos del Consejo. Hace falta también que el Instituto gane nuevas colaboraciones para sus publicaciones y que estas adquieran un ritmo normal. Si el Consejo, que tanto ha hecho por nuestros estudios, llegara a colocar al Instituto en condiciones de mantener en ellos la posición clave a que estaba destinado, daría con ello una nueva muestra de su atención por esta rama de la cultura. Hoy día la situación del Instituto es tal, que hace correr peligro de detención a toda la investigación española en Filología Clásica, que depende directa e indirectamente de él. Estoy seguro de que esto no ocurrirá, y de que el Consejo pondrá antes remedio a esta situación.

DISCURSO DE D. ANTONIO TOVAR

Excmo. Sr. Ministro,
Sr. Subdirector de la Unesco,
Excmos. e Ilmos. Señores,
Señoras y señores:

Grande ocasión ésta para nosotros, los cultivadores de los estudios clásicos. Durante siglos, la contribución española en este campo ha sido pobre, y desproporcionada con la significación universal de la cultura hispánica. Hoy, señores, contemplamos lo que bien se ha podido aquí llamar un resurgimiento. Nunca desde el siglo XVI, ni aun en los intentos a veces brillantes del XVIII, los estudios clásicos han conocido en nuestra Patria un momento semejante. Bien es verdad, que el nivel había sido tan bajo, que no es mucho decir sentar tal afirmación, la cual, si no reconociéramos eso, podría parecer pretenciosa.

La verdad es que, cuando consideramos el alcance de nuestra misión, nuestros deberes como maestros y educadores, lo que cada nación debe contribuir al estudio del pasado greco-romano, en el que arraigan nuestra ciencia, nuestra literatura, nuestras artes, nuestra filosofía, vemos las imperfecciones y los aspectos incompletos de nuestra labor, tal como brilla en este congreso.

Hojead un momento conmigo el volumen en que se recoge la labor que en quince años hemos desarrollado. ¡Qué magnífica im-

presión de conjunto! Más de 400 páginas, centenares de autores, colaboradores distinguidos de diferentes países, trabajos a un decoroso nivel científico... Lo mismo la arqueología que la filología han sido cultivadas; los estudios de epigrafía se hallan junto a notas críticas y gramaticales; el interés por la papirología alterna con el que se ha prestado a los estudios cretenses, las ediciones de textos van siendo abundantes, aunque reconozcamos que no siempre cuidadas; la epigrafía, la numismática tienen numerosos cultivadores, y el avance en las materias referentes a la prehistoria de nuestra Península ha sido grande: toponimia y lingüística han venido eficazmente en auxilio de los arqueólogos e historiadores.

Lo mismo nos enseña este Congreso, que ha llenado cuatro intensas jornadas con gran número de comunicaciones, extendidas a todos estos campos, sin olvidar algo que nos corresponde muy especialmente en este Congreso: la enseñanza. Nos hemos ocupado aquí de autores antiguos y de temas históricos, de literatura y arqueología; sendas ponencias, encargadas a diversos especialistas, han informado al Congreso sobre la cuestión del desciframiento de las inscripciones de Knossos y Pylos, sobre los papiros literarios, sobre helenismo y cristianismo, sobre el poeta Marcia¹, acerca del dramático siglo III de nuestra era, y finalmente, sobre el latín medieval. Alrededor de estas ponencias se han agrupado comunicaciones diversas y todavía han sido necesarias varias sesiones para tratar en comunicaciones libres los temas más variados, que cuentan en España cultivadores muchas veces jóvenes, y siempre entusiastas. Las materias citadas, el humanismo, la historia y la filosofía antigua, las ediciones bilingües: he aquí las cuestiones examinadas en un buen número de comunicaciones.

Sobre las ediciones bilingües será bueno recordar que sólo el celo del Ministerio va a permitir siga saliendo la iniciada Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, dirigida por el Dr. Bassols de Climent. Esperamos que la adquisición de ejemplares por el Estado, con destino a las Bibliotecas peor dotadas, permita la consolidación en pocos años de un instrumento de cultura absolutamente imprescindible. Sobre la filosofía antigua, es buena muestra de vida el volumen dedicado al Congreso por la *Revista de Filosofía* del Instituto Luis Vives. Probablemente el problema del cultivo de la Filosofía antigua en España es el mismo que el de la historia anti-

gua y la arqueología clásica: una mayor flexibilidad en los planes de estudio de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. También de esto se ha ocupado el Congreso.

Puedo aseguráros, señor Ministro, que el porvenir de nuestros estudios está asegurado, siempre que sigamos contando con el apoyo oficial, y si la vida española, el ambiente nacional, se deja penetrar más plenamente de los ideales que defiende la Sociedad Española de Estudios Clásicos, y que muy eficazmente este Congreso ha formulado.

Ello roza directamente el tema de la educación clásica, del que quiero ocuparme en dos aspectos. Educación clásica como parte esencial del bachillerato, como cimiento de la formación literaria, artística, filosófica, de al menos parte numéricamente considerable, digamos una mitad, de nuestros estudiantes. Educación clásica difundida también a toda la cultura hispánica mediante una actuación más amplia y divulgadora. Permitidme, señores, que vuelva a repasar nuestro volumen de bibliografía para señalar algunos puntos en que acusan defecto nuestras tareas docentes y difusoras.

Posiblemente el número de textos escolares para el bachillerato con su cortejo de antologías y ediciones de autores para las clases, refleje nuestro espíritu anárquico. No es con esa abundancia de libros como se logran esas gramáticas modelo, que admiramos en alemán o en francés, y que renovadas de vez en cuando alcanzan, tras unas cuantas decenas de ediciones, la perfección posible. En nuestra bibliografía sin duda que se acusa una proliferación anárquica y perjudicial. Quizá habría que pensar en una vía media entre el texto único, impuesto por la autoridad superior, y el libro que se lanza al mercado sin un serio sentido de responsabilidad.

También en los autores clásicos predominan numéricamente las ediciones puramente comerciales, quizá incorrectas, limitadas a libros sueltos, y que no invitan al estudiante a penetrar en la obra completa.

No hemos llenado el vacío de diccionarios griegos y latinos que se siente en nuestra cultura. Apenas se ha superado el nivel escolar, y un buen diccionario moderno habrá de dársenos por el filólogo abnegado que haga tarea de largos años de su vida semejante empresa. Nuestros editores o tal vez alguna institución, como el

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o una Universidad, pudieran pensar en promover semejante trabajo.

Si queremos resumir en una palabra la laguna principal que nuestra filología clásica acusa, creo que podremos hacernos eco de lo que uno de nosotros ha dicho en alguna sesión de estos días: hay una distancia demasiado grande entre la investigación y la enseñanza; se acusa un hiato peligroso entre la Universidad y la educación.

Es más que probable que, junto al trabajo de investigación y la excelente tesis doctoral, falte el libro de conjunto, el buen manual de divulgación. La difundida lengua española tiene que acudir a demasiadas traducciones y nuestro estudiante depende tal vez en grado excesivo de bibliografía extranjera, porque nosotros acaso no hemos sido capaces de escribir los libros de interés general necesarios y los imprescindibles manuales de estudio. En los quince o veinte últimos años algo se ha hecho en tal sentido, pero falta mucho, y la distancia entre el alumno de preparación excepcional y el alumno medio es todavía demasiado grande, por falta de un adecuado ambiente bibliográfico. Yo creo que el Congreso debe servirnos de estímulo a todos para que dotemos a la literatura científica española de estos libros de interés amplio y general. Ellos serán los difusores de la cultura clásica en sectores sociales más amplios, y servirán de educadores en zonas a donde no llega la enseñanza.

Un cambio en la disposición de nuestros alumnos de bachillerato sólo será posible cuando las lenguas y cultura greco-latina tengan prestigio en amplias capas de la sociedad española.

El desarrollo de esta bibliografía de amplio carácter, que no sea estrictamente para especialistas, creará también en la América de nuestra lengua las condiciones para que se desarrolle la cultura clásica. Las ideas utilitarias de los primeros tiempos de la independencia, y la reacción contra la enseñanza tradicional, van cediendo ya en algunas repúblicas, y en Argentina, en Méjico, en Chile, vemos progresos de la educación clásica manifiestos en libros, revistas y colecciones de textos.

El problema fundamental que aquí hemos debatido, quizá con menos altura que en las sesiones científicas, pero con más pasión, es el de la enseñanza. Ahora, después de leídas las conclusiones del

Congreso y el informe de nuestro Secretario, en presencia del señor Ministro y del Director General, nos corresponde repasar este problema del bachillerato.

¿Por qué un bachillerato clásico en los mediados del siglo xx? ¿Por qué, cuando se señala que el problema fundamental de nuestra enseñanza es el de la tecnología, insistimos nosotros, los docentes de lenguas clásicas, los arqueólogos e historiadores, en la enseñanza del griego y del latín?

Sería necesario repetir aquí los argumentos en favor de los clásicos, afirmar una vez más que en la vieja escuela de los griegos y latinos está la base no ya sólo de la educación, sino del pensamiento y de la filosofía mismas. La propia técnica, de desarrollos tan lejanos del primitivo mundo clásico, ha elegido, en todas las lenguas de cultura, un nombre griego.

Cuando los físicos jonios, o Hipócrates, inventaban la ciencia, tomaban por primera vez una posición científica, iniciaban ese maravilloso desarrollo que nos enorgullece como humanos. ¿Habremos de lanzarnos siempre adelante, sin quedarnos con las simientes de esa herencia?

Ya lo he dicho aquí otra vez, en esta misma sala, siguiendo a los sabios de tres mil años. La cultura clásica nos seguirá enseñando a contemplar sin deslumbramientos y con modestia esta carrera faústica del hombre moderno. Los griegos llamaban *hybris*, algo así como exceso, *superbia*, al desconocimiento de los límites del hombre. El hombre que roba el fuego del cielo, lo mismo que el criminal que mata a su hermano, es reo de *hybris*. He aquí una norma moral, una regla de conducta que nos enseñan los antiguos. Nuestro mundo excesivo, cargado de *hybris*, seguramente que necesita de esta norma moral de los clásicos.

Ahí, ya lo dije, están el cimiento en que cristianismo y cultura clásica sostienen la cultura humana. Como nos enseñaba el P. Elorduy en su ponencia del otro día, desde el primer momento, desde San Pablo, la nueva idea aspiró a recoger cuanto de bueno y útil había en la herencia antigua, y la Iglesia de los grandes Padres, alrededor del año 400, casi realizó plenamente la empresa. Retórica y filosofía, gramática y cuidado de los textos, todo pasó del paganismo moribundo al mundo del porvenir. Varrón sirvió de modelo a San Agustín, y Donato enseñó métodos a San Jerónimo.

San Basilio defendió las gracias de Aristófanes y el teólogo Nazianzeno hacía versos inspirados en Homero y en Menandro.

La cantera de la ciencia antigua, del arte y la filosofía de los clásicos, sigue ahí para que aprendamos juventud en ella. Las literaturas modernas, aun en sus formas actuales necesitan entenderse a la luz de los géneros antiguos, y si hay ese algo divino que se llama la poesía es todavía griego hasta en el nombre.

Por ello, señor Ministro, nos permitimos reclamar la mayor atención hacia los estudios clásicos. Y nuestro solemne compromiso, el compromiso que en este Congreso contraemos los maestros y los estudiantes de Humanidades Clásicas, es el de dedicarnos desveladamente a nuestro trabajo, para dotar a la cultura hispánica de las publicaciones y elementos que ella requiere.

Es preciso que revisemos nuestra labor a la luz de las exigencias que ha impuesto la conciencia ganada en esta asamblea. En los planes universitarios será preciso conceder mayor atención a la orientación pedagógica de los licenciados, que en su inmensa mayoría pasan precisamente a ser profesores de enseñanza media. El Ministerio está iniciando un Centro de orientación para este Profesorado y creemos que en las diferentes Universidades se habrá de colaborar con la labor del naciente Centro.

Estamos satisfechos de lo realizado desde 1939, pero ello no es más que un comienzo. La solera que tienen nuestros estudios en los grandes países de la cultura occidental, sólo se adquirirá en el nuestro con nuevas épocas de trabajo, de las que creemos inaugurar una con este Primer Congreso de Estudios Clásicos. Los cuidados del Estado permitirán que la juventud se sienta atraída por nuestros estudios. Desgraciadamente, los ociosos estudios greco-latinos necesitan del incentivo de un bachillerato clásico para pervivir. Y la clave de ese bachillerato está en los planes oficiales. Al inicial apoyo del Ministerio y de los poderes públicos por nuestros estudios hemos de corresponder con nuestro trabajo y nuestro esfuerzo.

¿Es que hemos hecho el examen riguroso de conciencia que se requiere para corresponder a la confianza del Estado en nuestros estudios? ¿Es que podemos ofrecer a nuestros estudiantes las enseñanzas, los libros, las ediciones de textos que necesitan? Yo creo que en el Congreso hemos tomado la medida de lo que nos falta, y estoy seguro de que acudiremos al remedio.

Todo el mundo hispánico, los millones de hombres que hablan nuestra lengua, y en los que hemos de pensar siempre quienes, mejor o peor, escribimos libros en español, se beneficiarán de nuestro esfuerzo. Una abundante producción bibliográfica de temas clásicos en lengua española, repercutirá beneficiosamente en una auténtica y libre vida cultural de nuestro mundo a ambos lados del océano.

Pues no hemos de reducir sólo a un problema de enseñanza el de nuestros clásicos. En esta misma Casa, bajo la dirección de Don Ramón Menéndez Pidal, se organizó en 1933 el primer centro de investigación clásica en Madrid. Antes, sólo en Barcelona habían comenzado a desarrollarse los estudios greco-latinos. En 1933, como Minerva armada de todas sus armas, surgía la revista *Emerita*, respaldada por una nueva biblioteca que se adquirió, seguramente la mejor que existe para nuestra especialidad en todo el mundo hispánico. A lo largo de los años, seguramente que nuestro Instituto de Estudios Clásicos necesita una reorganización. La veterana revista *Emerita*, cuyo tomo XXIII está en prensa, debe de seguir siendo el centro y el órgano de publicidad de nuestros estudios. La biblioteca del Instituto Antonio de Nebrija no puede detenerse porque su desarrollo es vital para nosotros. Me atrevo a decir que en todo el Consejo Superior de Investigaciones científicas es tal vez ésta la Biblioteca más viva y que mejor ha continuado desarrollándose después de la guerra. Afortunadamente, en la filología clásica, las nuevas promociones van siendo los mejores cultivadores, y hay que irles confiando puestos directivos. Por el bien de nuestros estudios, hay que reajustar la realidad a sus términos, y hay que pensar que no basta lo hecho, y que ninguna rutina puede justificar la detención.

Y volviendo al tema de la legitimidad de los estudios clásicos, debemos referirnos aquí al cuestionario repartido hace pocos meses por la Unesco. Muchas de las preguntas no ofrecen para nosotros duda; son para nosotros clásicos, sin negar el interés de las «humanidades modernas» o de los que podríamos llamar clásicos exóticos, los autores greco-latinos, la integridad cultural de su herencia. El desequilibrio de la formación humanística y de la formación técnica, forzosamente alejadas y aun opuestas, no se puede seguramente resolver en un mismo individuo; como se dice ahora,

difícilmente un mismo sistema nervioso será capaz de portar la tradición de las humanidades y la de una preparación especializada para las técnicas y las profesiones de inmediato servicio a la sociedad; pero la solución armoniosa se dará en la integridad de una cultura nacional y universal, en la que el humanista, el conservador de la tradición greco-latina, ha de conservar el viejo puesto de honor. Un mínimo de esta tradición ha de pasar, al menos, a todos los educados, ha de ser parte fundamental en la educación general.

¿Es que cabe decir que la educación clásica es esencialmente minoritaria, conservadora, clasista en el peor sentido de la palabra? Creemos que no, y que precisamente, en los viejos tiempos, tanto en el Estado como en la Iglesia, esta educación era la vía de acceso a la aristocracia de la inteligencia.

Ante el Subdirector General de la Unesco, Monsieur Jean Thomas, respondemos con nuestra presencia aquí que en España los estudios clásicos no están en crisis, sino por el contrario en creciente florecimiento. El cuestionario de la Unesco se refiere también al problema del remozamiento de la enseñanza clásica. Quizá en la cultura hispánica, donde lo que ha faltado es justamente esta tradición, podría pensarse que no hay tal problema. En realidad, el mínimo de tradición que pesa sobre nosotros no es lo mejor de nuestros estudios clásicos. Por otra parte, no podemos prescindir de ella. Ahí está, en nuestro Congreso y en nuestra *Bibliografía*, como una especie de testamento que hay que vivificar. No tenemos casi tradición clásica inmediata, nuestro siglo XIX no ha tenido filología, pero somos, como todos los pueblos de Occidente, hijos de Roma y del Renacimiento. Los dos Fray Luises no son explicables sin Cicerón, sin Platón, sin Horacio. Y en el fondo de las creaciones de Cervantes, un genio lego, laten (nos lo acaba de probar un precioso libro del escritor argentino Arturo Marasso) Luciano y Virgilio. Una oda de Herrera no la entenderá plenamente quien no haya estudiado, junto a la Biblia, a Píndaro. En nuestras cátedras, hace 400 años se sentaban el Pinciano y el Brocense, Nebrija y Vergara. Nuestra tradición clásica es suficientemente fuerte como para imponernos deberes.

Y finalmente he de dar las gracias a quienes han hecho posible este Congreso. En primer lugar al Sr. Ministro de Educación Nacional, al Sr. Ministro de Asuntos Exteriores y al Sr. Director Gene-

ral de Relaciones Culturales, al Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al Sr. Ministro de Información, a la Universidad de Madrid, muy en especial a su Facultad de Filosofía y Letras, que tomó como cosa propia el Congreso e hizo posible la inolvidable representación del *Edipo*. Gracias también a la Federación Internacional, que ha enviado aquí a la persona de su secretaria general Mademoiselle Ernst, a los Museos del Prado y Arqueológico, que abrieron sus puertas a los congresistas, a las sociedades y sabios de Alemania, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia y Portugal que nos han honrado con sus asistencias. Gracias también a la Sociedad de Estudios Clásicos, en todos y cada uno de sus miembros, profesores, graduados y estudiantes.

A vosotros, los jóvenes, los que estáis en las aulas universitarias o acabáis de dejarlas, quiero dirigirme para terminar. Quisiéramos, al cabo de estas jornadas que el Congreso os hubiera abierto el más tentador de los horizontes. Aquí os hemos mostrado tanto lo poco que hemos hecho, como lo mucho que queda por hacer. No os tentamos con la ventaja económica, ni aun con el brillo social ni con la gloria literaria. Pero sí con el sentido de la propia limitación, con la modestia del servicio, con el disfrute callado de la cultura antigua, con la satisfacción de saber y entender.

Eso es la traducción moderna, en nuestro siglo atómico, de aquellos viejos sueños en que se llegaba fácilmente, por el cultivo de las letras

de la inmortalidad al alto asiento.

Mañana, cuando una nueva Junta directiva, en su ordenada renovación, tome las riendas de nuestra joven Sociedad, yo sé que convocará, en un marco aún más espléndido, con aún mejores colaboraciones (las vuestras, de los jóvenes de las nuevas promociones), un segundo Congreso Nacional de Estudios Clásicos.

Permitidme, señor Ministro, adelantarme ya a pedir del Ministerio, del Estado, vuestra imprescindible ayuda y aliento.

3.—Cursos de verano en la Universidad Pontificia Eclesiástica de Salamanca

Organizados por la Agrupación Humanística Española se tendrá este año, del 5 al 25 de agosto, el *IX Curso de Humanidades Clásicas y de Lengua y Literatura Castellana* para Profesores de Seminarios y Centros Religiosos de Estudio, y IV para Profesoras y Licenciadas de los Colegios Femeninos. Se espera la misma afluencia de años anteriores.

El programa de lecciones y conferencias es el siguiente:

Sección Latina: *Tránsito de la Literatura pagana a la cristiana*

LECCIONES

- 1 *Formación y características del latín cristiano.*—Prof. Dr. D. Manuel C. Díaz y Díaz, de la Universidad Literaria de Salamanca.
- 2 *Los Santos Padres: a) La oratoria en S. Agustín, S. Hilario, S. Ambrosio.*—Prof. Dr. P. José Oroz, O. R. S. A. *b) Estudio estilístico de un texto de S. Agustín.*—Prof. Dr. D. V. Eugenio Hernández-Vista, Madrid.
- 3 *La poesía épica y la lírica.*—Prof. Dr. D. Sebastián Mariné, de la Universidad de Granada.
- 4 *Juvenco y Prudencio.*—Prof. D. José Guillén, Pbro., de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- 5 *La ciencia del Derecho; paso del paganismo al Cristianismo.*—Prof. Dr. D. Francisco Hernández Tejero, de la Universidad Literaria de Salamanca.
- 6 *Doctores y Santos Padres: S. Jerónimo, su aportación a la cultura cristiana.*—Prof. Dr. D. David Gonzalo Maeso, de la Universidad de Granada.
- 7 *Latín profano y latín cristiano.*—Prof. Dr. D. Vicente Blanco García, Pbro., de la Universidad de Zaragoza.

CONFERENCIAS

- 1 *Los grandes paganos del siglo IV.*—Prof. Dr. D. Henry Bardon, de la Universidad de Poitiers (Francia).

- 2 *La literatura clásica en los autores cristianos.*—Prof. Dr. D. Manuel C. Díaz y Díaz.
- 3 *La lucha entre el cristianismo y el paganismo.*—Prof. Dr. Fr. Justo Pérez de Urbel, O. S. B., de la Universidad de Madrid.
- 4 *El profesor de lenguas clásicas.*—Prof. Dr. D. V. Eugenio Hernández-Vista.
- 5 *Cristianización del arte.*—Prof. Dr. D. Rafael Lainez Alcalá, de la Universidad de Salamanca (Sección masculina).—Profra. Dra. M.^a Angeles Alonso, de la Universidad «Regina Mundi» (Roma).

Sección Española: *El Cristianismo en la literatura contemporánea española*

LECCIONES

- 1 *El sacerdote en la novela.*—Prof. Dr. D. Luis López Santos, Pbro., del Instituto E. M. León.
- 2 *El teatro: dimensión moralizadora.*—Prof. D. Nicolás González Ruiz, crítico literario y redactor de «Ya».
- 3 *Presencia de Dios en la lírica.*—Prof. Excmo. Dr. D. Luis Morales Oliver, de la Universidad de Madrid y Director de la Biblioteca Nacional.
- 4 *El cine católico.*—Prof. D. José M. Pérez Lozano, crítico de cine.
- 5 *La crítica literaria.*—Prof. D. Nicolás González Ruiz.
- 6 *Dios en las Cantigas de Alfonso X el Sabio.*—Prof. Excmo. Sr. Dr. Ramón Fernández Pousa, de la Universidad de Madrid y Director de la Hemeroteca Nacional.

CONFERENCIAS

- 1 *Eclesiásticos literatos actuales.*—Prof. Dr. D. Luis López Santos, Pbro.
- 2 *Técnica de los guiones radiofónicos y literatura de la «Radio».* Prof. D. José Ramón Alonso, Director de Programas y Emisiones de Radio Nacional.
- 3 *El guión cinematográfico.*—Prof. D. José M. Pérez Lozano.
- 4 *La religión en el arte moderno.*—Prof. Dr. D. Rafael Lainez Alcalá (Sección masculina).—Profra. Dra. M.^a Angeles Alonso (Sección femenina).

Sección Griega: Tránsito de literatura cristiana a la pagana

LECCIONES

- 1 *La victoria del Cristianismo.*—Prof. Excmo. Dr. Fr. Justo Pérez de Urbel, O. S. B.
- 2 *Características del griego cristiano: N. Testamento y Padres Apostólicos.*—Prof. Dr. D. Julio Calonge, del Instituto de Enseñanza Media de Guadalajara.
- 3 *El griego de los Apócrifos.* — Prof. D. Aurelio de Santos, Pbro., del Aspirantado Maestro Avila, Salamanca.
- 4 *Los Apologistas.*—Prof. Dr. D. José Sánchez Vaquero, Pbro., de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- 5 *Aspectos de la poesía y de la oratoria.*—Prof. Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Tovar, de la Universidad Literaria de Salamanca.
- 6 *La filosofía.*—Prof. Dr. D. Adolfo Muñoz Alonso, de la Universidad de Valencia.

CONFERENCIAS

- 1 *Cristianización definitiva de Europa.*—Profra. Dra. Jone Deveiké Navakas, Exilada polaca, París.
- 2 *Lingüística y Filología Clásica.*—Prof. Dr. D. Francisco Rodríguez Adrados, de la Universidad de Madrid.
- 3 *La metodología clásica.*—Prof. Dr. D. V. Eugenio Hernández-Vista.
- 4 *Manuscritos cristianos de la Biblioteca Universitaria de Salamanca.*—Prof. M. I. Sr. Dr. D. Florencio Marcos, Pbro., de la Universidad Pontificia, y Bibliotecario de la Universidad Literaria.
- 5 *El arte cristiano.*—Prof. Dr. D. Rafael Lainez Alcalá (Sección masculina).—Profra. Dra. M.^a Angeles Alonso (Sección femenina).

Homenaje a Menéndez y Pelayo

Los domingos, día 12 y 19, en el Aula Magna, conferencias sobre D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Actuarán los Profesores: Dr. D. Manuel García Blanco, de la Universidad Literaria de Salamanca.

Dr. D. Luis Morales Oliver, de la Universidad de Madrid.

D. Nicolás González Ruiz.

Dr. D. V. Eugenio Hernández-Vista.

Para matricularse y cuantos datos puedan interesar, dirigirse al Director de los Cursos, *Rvdo. D José Guillén, Universidad Pontificia, Salamanca.*

4.—Certamen Capitolinum

Se ha convocado el *VIII Certamen Capitolinum*, organizado por el Instituto di Studi Romani, para trabajos en prosa latina, sobre temas de libre elección. Únicamente se exige que no sean trabajos escolares, que sean originales e inéditos y que su extensión no sea inferior a 1.500 palabras. Los originales, escritos a máquina, deberán remitirse certificados a «*Instituto di Studi Romani —Ufficio Latino— Piazza dei Cavalieri di Malta, 2 - Roma*» antes del 1.º de Febrero de 1957. Hay establecidos dos premios: el primero, «*Urbis praemium*», de 200.000 liras y medalla de plata; y el segundo, de 100.000 liras y medalla de plata.